

po que van al enemigo. Los romanos, por el contrario, lanzan en tanto dardos, en tanto piedras, armas que el suelo les suministra con abundancia. Esta lluvia, cayendo sobre escudos y cascos, aturdió á los que no quedaban heridos. No era fácil al enemigo llegar al pie de la altura para combatir más de cerca; ni tampoco combatir de lejos, porque carecían de dardos; quedando, pues, en el mismo punto expuestos á golpes de los que nada podía preservarlos. Algunos comenzaban ya á retroceder, y todo el ejército estaba indeciso y vacilante, cuando los hastatos y los principes, repitiendo el grito de ataque, corren á ellos con las espadas en las manos. Los etruscos no pudieron resistir aquella impetuosidad; vuelven la espalda, y se dirigen á su campamento en el mayor desorden. Pero los jinetes romanos, que habían atravesado oblicuamente la llanura, se presentan á su encuentro; entonces abandonan el camino del campamento y procuran ganar las montañas. Desde allí, aquel ejército casi sin armas y acerbado de heridas penetra en la selva Ciminia. El romano, después de haber dado muerte á muchos millares de etruscos, se apoderó de treinta y cinco enseñas, del campamento y de considerable botín. En seguida se pensó en perseguir al enemigo.

La selva Ciminia (1) era entonces más impenetrable y de aspecto más tétrico que lo eran en estos últimos tiempos las de la Germania; y hasta entonces ni siquiera un mercader había penetrado en ella; solamente el general se atrevía á entrar allí; en cuanto á los demás, no habían olvidado aún las Horcas Caudinas. Uno de los presentes (hermano del cónsul M. Fabio, llamado Keson, según unos, y C. Claudio, según otros) se ofreció para reconocer el terreno, prometien-

(1) En el monte Ciminius, hoy montaña de Viterbo.

do traer muy pronto noticias ciertas. Educado en Cere, entre huéspedes, había aprendido las letras etruscas y conocía perfectamente el lenguaje. Aseguran algunos escritores que en aquella época generalmente se instruía á los jóvenes romanos en las letras etruscas, como hoy se les instruye en las griegas; pero es más verosímil que algo más particular concurrese en él para que por medio de un disfraz tan atrevido se mezclase entre los enemigos. Dicese que solamente le acompañaba un esclavo, educado con él, y que por consiguiente sabía también el etrusco. Limitáronse al partir á tomar nociones generales acerca de la naturaleza de la comarca en que iban á entrar, y á enterarse de los nombres de los que ejercían autoridad en los pueblos; por temor de que en las conversaciones les descubriese su vacilación en puntos tan importantes. Partieron disfrazados de pastores, con armas de campesinos, hoces y dos picas. Pero ni el conocimiento de la lengua, ni sus vestidos ni armas les sirvieron tan bien como lo poco verosímil que era que un extranjero pudiese aventurarse en la selva Ciminia. Dicese que penetraron hasta el territorio de los Camestos umbrios, y que allí se atrevió el romano á decir quién era; que introducido en el Senado habló á nombre del cónsul de un tratado de alianza y amistad; que después de recibirle con benevolencia se le autorizó para que dijese á los romanos que si penetraban en aquellos parajes encontrarían víveres para treinta días, y que toda la juventud de los Camestos umbrios se encontraría dispuesta para marchar armada á sus órdenes. Comunicadas al cónsul estas noticias hizo marchar á la primera vigilia los bagajes y detrás las legiones, quedando él con la caballería. Al amanecer el día siguiente marchó á presentarse delante de las guardias etruscas, situadas fuera de la selva; y después de distraer por algún tiempo al enemigo



se retiró á su campamento, del que salió por la otra puerta, alcanzando antes de la noche á su ejército. Al día siguiente, al amanecer, ocupó las cumbres del monte Ciminio, desde donde descubría las opulentas campiñas de la Etruria. Extendió por ellas sus soldados, poseedores ya de rico botín, y de pronto encontraron cohortes de campesinos etruscos, reunidos apresuradamente por los principales habitantes del país; pero reinaba tan poco orden en sus filas, que al querer recobrar las presas estuvieron ellos mismos á punto de serlo. Después de destrozarlas y ponerlas en fuga, después de devastar el país, el romano, vencedor y cargado de toda clase de riquezas, volvió á su campamento, donde se encontraban ya cinco legados acompañados de dos tribunos del pueblo, para prevenir á Fabio, en nombre del Senado, que no penetrase en la selva Ciminia. Regocijados por haber llegado demasiado tarde para detener el curso de la guerra, volvieron á Roma llevando la noticia de una victoria.

Esta expedición del cónsul había extendido la guerra en vez de ponerla fin. Todo el país situado al pie del monte Ciminio, devastado por los romanos, había movido la indignación, no solamente de los pueblos de la Etruria, sino que también de los umbrios, sus vecinos. Un ejército, tan considerable como no se había visto jamás, vino á Sutrium, y no solamente levantaron el campo que tenían en la selva los etruscos, sino que, en la impaciencia de combatir, llevaron todas sus tropas á la llanura. Después de formarlas en batalla no hicieron al pronto ningún movimiento, dejando de esta manera bastante espacio á los romanos para que pudiesen ordenar también sus líneas. Viendo después que el enemigo se negaba á combatir, se acercaron á las empalizadas. Cuando observaron que hasta habían retirado las primeras guardias al interior de los parapetos,

gritaron de pronto á sus jefes: «que les llevasen del campamento los víveres que debían recibir aquel día; que permanecieran sobre las armas, y que aquella noche, ó á lo sumo al amanecer, invadirían el campamento de los enemigos.» La autoridad del general retenía al ejército romano, tan impaciente como el enemigo. A la hora décima del día el cónsul hizo comer á los soldados y les mandó estar dispuestos para cualquier hora del día ó de la noche que les diese la señal, y les dirigió corta alocución celebrando la guerra con los samnitas y rebajando á los etruscos. Díjoles que estos dos enemigos de Roma no eran comparables, como tampoco lo eran los ejércitos de que disponen; que por lo demás, él les haría ver, cuando llegase el momento, un arma oculta que tenía en reserva; pero que al presente no podía decir más. Con estas misteriosas palabras quería hacer creer que se tramaba una traición, para tranquilizar los ánimos de los soldados asustados por el número de los enemigos; y como éstos habían hecho alto sin fortificarse, esta suposición debía parecer verosímil. Terminada la comida se entregaron al descanso, y despertados en silencio cerca de la cuarta vigilia, tomaron las armas. Distribuyéronse hachas pequeñas á los siervos del ejército para derribar las empalizadas y cegar los fosos; formáronse en batalla en el interior del campamento; cohortes escogidas se colocan en el paso de las puertas, y se da la señal poco antes de amanecer, en la hora en que en estío es más profundo el sueño; derriban las empalizadas y el ejército sale en batalla, cayendo sobre los enemigos, tendidos aquí y allá, y la muerte hiere ciegamente á aquellos hombres sorprendidos, unos sin movimiento, otros semidormidos, y la mayor parte corriendo tumultuosamente á las armas. Pocos tuvieron tiempo para empuñarlas; y á estos mismos, no teniendo señal cierta ni jefe en cuyo derredor



agruparse, los romanos les derrotaron, persiguiéndoles la caballería. Dirigíanse unos al campamento, otros hacia la selva; ésta les ofrecía refugio más seguro; porque el campamento, situado á campo raso, fué tomado el mismo día. El cónsul se hizo entregar el oro y la plata, abandonando al soldado el resto del botín. En esta jornada mataron al enemigo cerca de sesenta mil hombres. Algunos escritores pretenden que esta memorable batalla se dió al otro lado de la selva Ciminia, cerca de Perusa, y que en Roma se experimentaron graves alarmas, porque teniendo el ejército cortada la retirada por aquella selva tan peligrosa, podía ser exterminado por los etruscos y los umbrios, que se habían levantado en todas partes. Pero en cualquier lado que se combatiere triunfaba la fortuna de Roma, así fué que llegaron legados de Perusa, Cortona y Arrecio, que eran entonces las ciudades más importantes de la confederación etrusca, pidiendo paz y alianza á los romanos, consiguiendo una tregua de treinta años.

Mientras ocurren estos acontecimientos en la Etruria, el otro cónsul, C. Marcio Rutilo, tomó á viva fuerza Alifas á los samnitas. Otras muchas plazas y pueblos fueron implacablemente arrasados ó se rindieron sin asalto. Entretanto la flota romana, dirigida por P. Cornelio, á quien el Senado había encargado el mando de la costa marítima, arribó á Pompeya é hizo un desembarco en Campania. Desde allí, queriendo las tripulaciones de la flota devastar el territorio de Luceria, se entregaron primero al pillaje de la parte más inmediata, desde donde podían ganar con seguridad sus naves; pero arrastrados, como sucede siempre, por el cebo del botín, avanzaron demasiado y dieron la alarma al enemigo. Nadie se presentó contra ellos, cuando dispersos por todos lados en la campiña pudieron ser completamente exterminados; pero como se retiraban sin pre-

caución, los campesinos les alcanzaron á corta distancia de sus naves, les despojaron del botín y mataron algunos; siendo rechazados en desorden hasta las naves los que escaparon. Tanto temor como causó en Roma la expedición de Q. Fabio al otro lado de la selva Ciminia, tanta alegría produjo á los enemigos cuando llegó la noticia á Samnio, donde decían «que rodeado el ejército romano, no tenía salida alguna para escapar; que se encontraba en otras Horcas Caudinas; que la misma temeridad había llevado á impracticables desfíladeros á una nación ávida siempre de ensancharse; que allí los obstáculos del terreno y las armas del enemigo les opondrían infranqueable barrera.» A su regocijo mezclábase ya cierta envidia, porque la fortuna había llevado de los samnitas á los etruscos la gloria de humillar las armas romanas; y con cuantas armas y soldados tenían acudieron para aplastar al cónsul C. Marcio, decididos á llegar inmediatamente á la Etruria, atravesando el territorio de los marsos y los sabinos, si Marcio les ponía en la imposibilidad de combatir. El cónsul marchó á su encuentro; la lucha fué encarnizada por una y otra parte y el resultado indeciso. Aunque las pérdidas se equilibraron, aquel combate tuvo, sin embargo, el aspecto de derrota para los romanos; porque perdieron algunos caballeros, tribunos de los soldados, un legado, y el cónsul, cosa que se notó mucho más, recibió una herida. Como á todo esto se unían las ordinarias exageraciones de la fama, profundó el terror sobrecogió al Senado, y se convino que se nombraría un dictador. Nadie dudaba que se elegiría á Papirio Cursor, considerado como el mejor general de la época. Pero no se podía hacer llegar con seguridad un mensaje al Samnio á través de tantos obstáculos, ni se tenía seguridad tampoco acerca de la existencia del cónsul Fabio, el otro cónsul, era enemigo personal



de Papirio, y temiendo que su enemistad llegase á ser obstáculo al bien público, el Senado creyó oportuno enviarle una diputación formada por varones consulares, quienes por propia autoridad, además del carácter público de que estaban investidos, debían decidir á Fabio á que sacrificase á la patria sus enemistades personales. Habiendo entregado los legados al cónsul el senatus-consulto, y dirigiéndole un discurso en conformidad con sus instrucciones, éste, los ojos fijos en el suelo, se retiró sin pronunciar palabra, dejándoles en la incertidumbre de lo que iba á hacer. Después, en el silencio de la noche, según es costumbre, nombró dictador á L. Papirio; y como los legados le felicitasen por aquella hermosa victoria que había conseguido sobre sí mismo, guardó obstinado silencio, y sin contestarles nada sin decir nada de lo que había hecho, les despidió con aspecto que revelaba el profundo dolor que escondía en su elevado ánimo. Papirio nombró á C. Junio Bubulco jefe de los caballeros; y en el momento en que presentaba á las curias la ley que debía conferirle la autoridad sobre los soldados, vióse obligado á aplazar esta formalidad por consecuencia de un presagio funesto: porque fué llamada la primera para emitir su sufragio la curia Fautia, circunstancia que se había presentado en dos épocas fatales: cuando la toma de Roma y la paz de Claudio. Licinio Macer atribuye también á esta tribu lo odioso de otra catástrofe: la derrota de Cremera.

Al día siguiente, habiendo consultado otra vez los auspicios el dictador, presentó la ley; y habiendo partido con las tropas recientemente levantadas cuando el paso del ejército al otro lado de la selva Ciminia difundió el terror, llegó á Longula. Allí, después de haber recibido del cónsul Marcio los antiguos soldados, marchó á presentar batalla al enemigo, que no mostró re-

husarla, permaneciendo formados y sobre las armas hasta la noche, que llegó sin que por ningún lado se diese la señal de ataque. Durante algún tiempo continuaron tranquilamente acampados á corta distancia de los romanos, sin desconfiar de sus fuerzas y sin despreciar las enemigas. Entretanto continuaban en Etruria los acontecimientos. En primer lugar se ganó una batalla sobre los umbrios, que más fueron derrotados que batidos, porque después de trabar vivamente el combate no lo sostuvieron. En otro encuentro, cerca del lago Vadimón, los etruscos, cuyo ejército había sido alistado según la ley Sacra, teniendo cada soldado un compañero elegido por él, combatieron en mayor número y también con más valor que nunca. Con tal animosidad se alcanzaron, que por ningún bando se pensó en lanzar los dardos; el combate se trabó á espada, y habiendo sido al principio muy vivo el ataque, lo fué más aún durante la lucha, cuyo éxito estuvo dudoso por mucho tiempo, pareciendo que no se combatía con etruscos, tantas veces vencidos, sino con un pueblo nuevo. Por ningún lado se pensó en retroceder: los que se encuentran delante de las enseñas, caen, y para que las enseñas no queden indefensas, la segunda línea ocupa el puesto de la primera. Recúrrese en seguida á las últimas reservas, y el peligro y el aprieto fueron tan extraordinarios, que los jinetes romanos, dejando los caballos, se lanzaron á las primeras filas á través de montones de armas y cadáveres. Este ejército, que parecía nuevo, presentándose en medio de tropas fatigadas, puso en desorden las enseñas etruscas: su impetuosidad arrastró á las demás tropas á pesar del cansancio, y al fin se consiguió desordenar las filas enemigas. Entonces se venció la obstinación: algunos manípulos volvieron la espalda, y este principio de fuga produjo completa derrota. Esta batalla dió el primer



golpe al poder de los etruscos, que contaban muchos años de prosperidad. Toda la fuerza de la nación quedó destruída aquel día y con el mismo ímpetu fué tomado y saqueado el campamento.

Con igual peligro, tuvo igual glorioso resultado la guerra con los samnitas. Entre otros preparativos, quisieron hacer brillar á sus combatientes con nueva armadura (1). Tenían dos ejércitos, al uno le dieron escudos cincelados en oro y al otro cincelados en plata. Estos escudos eran anchos en la parte que cubre el pecho y los hombros, tenían igual anchura en la parte superior y terminaban en punta por la inferior para que fuesen más manejables. El pecho del soldado lo cubría la esponja (2); un botín la pierna izquierda; el casco, coronado con un penacho, aumentaba la estatura. Los soldados de los escudos dorados llevaban túnicas multicolores (*versicolores*) (3); los de escudos plateados llevaban túnicas blancas. Estos forman el ala derecha y aquéllos la izquierda. Los romanos conocían ya aquel aparato de armas brillantes, y habíanles dicho sus ge-

(1) Esta armadura usaron después los gladiadores llamados samnitas. Los campanios fueron los primeros en tener gladiadores de esta clase.

(2) Existen muchas dudas acerca del significado que aquí tiene esta palabra. Hay quien cree que se trata de verdadera esponja como la que llevaban los reciarios para restañar la sangre de sus heridas; otros creen que ni los reciarios llevaban esponjas para ese uso, puesto que en medio de sus encarnizados combates no tenían tiempo para servirse de ellas. Creen algunos que daban este nombre á un tejido de fieltro; otros que se llamaba esponja una coraza que presentaba aspecto esponjoso, como se llamaban *pluma*, *esquama* á las que afectaban forma de plumas ó de escamas. Pero la opinión que parece más verosímil es la de aquellos que creen se trata de verdadera esponja que colocaban en una parte del pecho.

(3) Creen algunos que esta palabra significa aquí color de púrpura.

nerales «que el soldado debe tener aspecto rudo y fiero; que no debe llevar armas cinceladas en oro ó plata, sino que debe protegerle el hierro y su valor; porque de otra manera, menos eran armas que presa para el enemigo; que todas aquellas armaduras resplandecientes antes del combate, quedaban muy pronto empañadas por la sangre y las heridas; sabían que el valor es el mejor adorno del soldado y que aquellos brillantes aparatos siguen la suerte de la victoria y pasan del enemigo rico al vencedor indigente.» Estas reflexiones habían animado á los soldados; Cursor les llevó al combate: colocase en el ala derecha, y confía la izquierda al jefe de los caballeros. En cuanto se alcanzaron, trabóse reñido combate con el enemigo, no siendo menor el del dictador y el jefe de la caballería, rivalizando para decidir la victoria. Junio fué el primero en rechazar al enemigo que se oponía al ala izquierda que él mandaba; era el ala derecha del enemigo, cuyos hombres, dedicados á los dioses, según la costumbre de los samnitas, se reconocían por la blancura de sus ropas y sus armas: Junio exclamó que los inmataba á los dioses infernales; el ataque desordena sus filas y les hace retroceder visiblemente. Obsérvalo el dictador y exclama: «¿Comenzará la victoria por el ala izquierda? ¿Y el ala derecha, la batalla del dictador, en vez de llevar la mejor parte, no hará más que arrastrarse detrás de otro?» Excita á sus soldados, y ni el peón cede al jinete en valor, ni el legado al general en celo. M. Valerio en el ala derecha; P. Decio en la izquierda, los dos consulares, se lanzan hacia los jinetes alineados en las alas, y exhortándoles á venir con ellos á tomar su parte en la victoria, se precipitan al través sobre los flancos del enemigo. Esta fué nueva causa de terror que se difundió desde los extremos al cuerpo de batalla. El ejército romano, para aumentar el espanto del enemigo, lanza nuevo grito de



ataque y marcha vivamente adelante: entonces comienza la derrota en el ejército samnita. Ya estaba cubierto el campo de sus muertos y pedazos de sus magníficas armaduras: en su terror, les ofreció primeramente refugio su campamento, pero muy pronto no pudieron conservarlo siquiera; tomáronlo los romanos y le prendieron fuego antes de anochecer. El dictador obtuvo el triunfo por un senatus-consulta, y las armas cogidas al enemigo dieron extraordinario brillo á aquella solemnidad. Tan magníficas les parecieron, que colocaron los escudos dorados delante de las tiendas de los plateros para decorar el Foro. Dícese que de aquí nació la costumbre de los ediles de adornar el Foro cuando paseaban las estatuas de los dioses. Los romanos utilizaron aquellas brillantes armas para la pompa de su culto; pero los campanios, por orgullo y por odio á los samnitas, adornaron con ellas á los gladiadores, de cuyo espectáculo gozaban durante sus festines (1) y les dieron el nombre de samnitas. Aquel mismo año combatió el cónsul Fabio al resto del ejército etrusco, en las cercanías de Perugia, ciudad que también había violado la tregua. La victoria no fué dudosa ni difícil; y hubiese tomado aquella plaza, á la que se acercó después de su victoria, á no haber llegado legados anunciando su sumisión. Después de dejar guarnición en Perugia y de hacer que le precediesen en Roma, enviados al Senado, los legados de la Etruria que pedían la paz, el cónsul entró triunfante en la ciudad, después de una victoria más brillante todavía que la conseguida por el dictador. El honor de la victoria alcanzada sobre los samnitas atribuyóse en gran parte á los legados P. Decio y M. Valerio, á quienes nombró el pueblo por considerable mayoría de votos

(1) Esta costumbre la adoptaron después los romanos.

en los comicios siguientes, al año cónsul y al otro pretor.

Fabio continuó en el consulado, como premio de sus gloriosos y decisivos triunfos en la Etruria, dándole á Decio por colega. Valerio fué creado pretor por cuarta vez. Los cónsules se repartieron las provincias, tocando la Etruria á Decio y á Fabio el Samnio. Habiendo marchado éste hacia Luceria y Alfaterna, negó á sus habitantes la paz que pedían entonces, para castigarlos por haberla rehusado cuando se la concedía, y con sus vigorosos ataques les obligó á someterse. Combatióse en batalla campal con los samnitas, que quedaron vencidos sin grandes esfuerzos, y no se hubiese conservado la memoria de este combate á no ser por haberse encontrado entonces los marsos por primera vez peleando con los romanos. Arrastrados los pelignos por la defección de los marsos, experimentaron la misma suerte. El otro cónsul, Decio, guerreaba con igual suerte. Por el terror había obligado á los habitantes de Tarquinia á suministrar trigo al ejército y á pedir una tregua de cuarenta años. Tomó por fuerza algunas plazas á los volsinios; arrasólas en parte, por temor á que sirvieran de refugio al enemigo; y llevando la guerra por todos lados, difundió tal espanto, que la confederación entera de los aruncos le pidió un tratado de alianza. Pero nada pudo conseguir en este punto, concediéndoles solamente tregua de un año, durante el cual pagó el enemigo el sueldo al ejército romano y quedó obligado á dar dos túnicas á cada soldado; este fué el precio de la tregua. La tranquilidad que se gozaba ya por el lado de los etruscos, quedó turbada por la repentina defección de los umbrios, pueblo que hasta entonces había permanecido al abrigo de los estragos de la guerra, exceptuando el paso del ejército por su territorio. Habiendo armado á toda su juventud é impulsado á la



sublevación á gran parte de la Etruria, reunieron un ejército tan poderoso, que dejando á su espalda á Decio en la Etruria, decían públicamente que marchaban á sitiar á Roma, hablando enfáticamente de sí mismos y con desprecio de los romanos. Enterado de este proyecto de los umbrios, el cónsul Decio, retrocedió hacia Roma apresuradamente y se situó en el territorio de Pupinia, atento á los movimientos del enemigo. No se despreciaba en Roma esta guerra de los umbrios: las mismas amenazas inspiraban temor á hombres que habían comprendido durante la guerra de los galos la poca seguridad de la ciudad que habitaban. Así, pues, enviaron mensajeros al cónsul Fabio para decirle que, en el caso de que la guerra con los samnitas le dejase algún respiro, llevase prontamente su ejército á la Umbria: obedeció el cónsul, y con precipitada marcha llegó á Mevania, donde se encontraban entonces las huestes umbrias. La repentina llegada del cónsul, á quien creían lejos de allí, ocupado en otra guerra en el Samnio, de tal manera asustó á los umbrios, que opinaron, unos por retirarse á sus plazas fuertes y otros hasta renunciar á la guerra. Uno de sus cantones (le llaman ellos Materina); no solamente mantuvo á los otros sobre las armas, sino que les arrastró en el acto al combate, atacando á Fabio mientras colocaba las empalizadas del campamento. En cuanto les vió el cónsul precipitarse desordenadamente sobre sus parapetos, mandó suspender los trabajos y formó á sus soldados, según permitían la naturaleza del terreno y las circunstancias; y por toda exhortación, recordándoles la gloria positiva que habían conquistado, tanto en la Etruria como en el Samnio, les mandó concluir con aquel exiguo resto de la guerra etrusca, y vengarse de las impías amenazas de un enemigo que se lisonjaba de apoderarse de Roma. Con tanto regocijo escucharon los soldados aquellas

palabras, que lanzando involuntario grito, interrumpió al general en medio de su discurso; en seguida, sin esperar la orden, al sonido de las bocinas y de los cuernos, caen á la carrera sobre el enemigo. ¡Cosa admirable; parecía que no luchaban con hombres ni con guerreros! Arrancan las enseñas á los signíferos y las arrastran hacia el cónsul; de la misma manera llevan á los soldados, á los que trasladan de su línea á la propia; si en alguna parte oponen resistencia, el combate termina con el escudo más que con la espada, empujándoles violentamente con el escudo y con el codo y derribánles; cógense más hombres que se matan, y por todas partes les gritan que rindan las armas. Así, pues, en medio del mismo combate, se someten los primeros que empuñaron las armas. Al día siguiente y en los sucesivos se sometieron también los demás pueblos de la Umbria. Los ocriculanos recibieron la promesa de alianza.

Después de aquella victoria sobre un enemigo que no le había correspondido en el sorteo, llevó de nuevo Fabio el ejército á su provincia. Como premio de aquel triunfo, á ejemplo del pueblo, que el año anterior le había reelegido para el consulado, el Senado le prorrogó el mando para el año siguiente, á pesar de la oposición de Ap. Claudio, que aquel mismo año fué nombrado cónsul con L. Volumnio. Veo en algunos anales que Apio pidió el consulado durante su censura y que L. Furio, tribuno del pueblo, combatió su elección hasta que abdicó la censura. Creado cónsul, y viendo que se asignó á su colega la guerra contra un enemigo nuevo, los salentinos, permaneció en Roma para aumentar su influencia por las vías pacíficas, puesto que otros iban á conquistar la gloria militar. No pudo quedar descontento de su provincia Volumnio; trabó muchos combates con éxito y tomó por la fuerza algunas ciudades al



enemigo. Era pródigo del botín, y á esta generosidad, tan agradable por sí misma, añadía nueva merced con su afabilidad: esta hábil conducta había hecho al soldado ávido de peligros y de fatigas. El procónsul Fabio libró batalla al ejército de los samnitas, cerca de la ciudad de Alifas, no siendo dudoso el resultado ni por un instante. El enemigo fué derrotado y rechazado hasta su campamento, que ni siquiera hubiese podido conservar, á no estar tan avanzado el día: rodeáronle, sin embargo, antes de obscurecer, y le vigilaron bien para que nadie pudiese escapar. A la mañana siguiente, cuando apenas despuntaba el día, vinieron á capitular. Convino que cuantos samnitas había allí saldrían con un solo vestido, haciéndoles pasar á todos bajo el yugo y vendiendo en subasta cerca de siete mil. Los que dijeron ser ciudadanos hérnicos quedaron aparte y cuidadosamente vigilados. Fabio les envió á todos al Senado romano, y después de una investigación para averiguar si por mandato de sus magistrados ó por voluntad propia habían hecho la guerra á los romanos en favor de los samnitas, les entregaron para su custodia á los diferentes pueblos latinos. Los nuevos cónsules, que estaban ya nombrados, P. Cornelio Arvina y Q. Marcio Trémulo, recibieron orden de someter todo aquel asunto á la deliberación del Senado. Indignó á los hérnicos tanta severidad, y celebraron una asamblea general en Anagnia (1), en el circo llamado Marítimo, y todos los pueblos del nombre hérnico, exceptuando Alatrio, Terentino y Verulano, declararon la guerra al pueblo romano.

Después de la retirada de Fabio estallaron también nuevos movimientos en el Samnio. Calacia y Sora, con

(1) Situado sobre una montaña del Lacio, á treinta y siete millas de Roma. Esta era la capital de los hérnicos.

las guarniciones romanas que las ocupaban, cayeron en poder del enemigo, que ejecutó horribles crueldades en los prisioneros; P. Cornelio fué enviado allá con su ejército. Los nuevos enemigos (porque estaba ya terminada la guerra con los anagnios y los hérnicos) fueron designados á Marcio. Ocupando primeramente puestos ventajosos, interceptaron toda comunicación entre los campamentos de los cónsules, de tal manera, que hubiese sido imposible el paso á un simple mensajero, y durante algunos días cada cónsul permaneció en completa ignorancia de la posición del otro. La alarma llegó hasta Roma, y se alistó á todos los ciudadanos jóvenes aún, para tener en caso necesario otros dos ejércitos. Pero en realidad, la guerra con los hérnicos estuvo muy lejos de justificar el terror que causaba entonces y de responder á la antigua gloria de aquella nación. En ninguna parte hicieron cosa memorable; perdieron sus tres campamentos en el espacio de pocos días, y para conseguir una tregua de treinta días que los permitiese enviar legados al Senado romano, se obligaron á suministrar el sueldo y el trigo durante dos meses y además una túnica para cada soldado. El Senado los envió á Marcio, á quien por un senatus-consulto se confirió autoridad para disponer de la suerte de aquel pueblo, recibiéndole éste á discreción. El otro cónsul, superior en fuerzas, tenía en el Samnio la desventaja del terreno. El enemigo había cerrado todos los caminos; había-se apoderado de los pasos para que no pudiese llegar ningún convoy al cónsul, quien todos los días los presentaba batalla sin poder decidirles al combate. Véase claramente que el samnita todo lo temía de una batalla general, y el romano de la prolongación de la guerra. La llegada de Marcio, que después de su victoria sobre los hérnicos se apresuró á socorrer á su colega, no permitió ya al enemigo aplazar el combate. Comprendien-



do que si no se habían creído capaces de luchar con un ejército solo, si dejaban que los dos ejércitos consulares se uniesen, nada podrían esperar, atacaron á Marcio sorprendiéndole en el desorden de la marcha. Apresuradamente trasladaron los bagajes al centro; y en cuanto lo permitían las circunstancias, formóse el ejército en batalla. Primeramente los gritos que llegaron al campamento, y en seguida el polvo que se levantaba á lo lejos, alarmaron al ejército del otro cónsul. Este hizo en seguida tomar las armas, forma sus tropas en batalla y cayó sobre el flanco del ejército enemigo ocupado en el otro combate, gritando á sus soldados: «Que sería el colmo de la ignominia si consentían que el otro ejército alcanzase dos victorias y si se dejaban arrebatar el honor de una guerra que los pertenecía.» Penetra por el punto que atacó, y á través de las tropas enemigas marcha derecho á su campamento; y encontrándole sin defensores le toma y le prende fuego. En cuanto los soldados de Marcio vieron las llamas en frente de ellos y los samnitas las vieron detrás, éstos comienzan á huir en todas direcciones; pero por todas partes se extiende la matanza y en ninguna encuentran seguro refugio. Después de matar treinta mil hombres al enemigo, los cónsules dieron la señal de retirada; y ya verificaban su unión felicitándose recíprocamente, cuando de pronto percibieron á lo lejos nuevas cohortes enemigas: eran soldados bisños, que sirvieron para que aumentase la matanza. Sin esperar las órdenes de los cónsules, sin recibir la señal, los vencedores se lanzan sobre ellos, gritando «que habían de tener aquellos jóvenes samnitas duro aprendizaje.» Los cónsules ceden al ardor de las legiones, comprendiendo que soldados novicios confundidos entre veteranos desalentados por la derrota, ni siquiera tendrían valor para intentar el combate. No se engaña-

ron en sus cálculos; todas las tropas samnitas, cansadas y de refresco, ganan las montañas vecinas; el ejército romano sube á aquellas alturas; no hay paraje seguro para los vencidos, y los precipitan de las cumbres que habían ocupado. Todos pedían ya á una voz la paz, y se les obligó á suministrar víveres para tres meses, un año de sueldo y una túnica para cada soldado. Cornelio permaneció en el Samnio, Marcio regresó á Roma y triunfó de los hérnicos, decretándole una estatua ecuestre, que fué colocada delante del templo de Castor. Concedióse á tres pueblos hérnicos, Alatrio, Verulano y Ferentino, las leyes que preferían al derecho de ciudadanía, y se les permitió aliarse entre sí, privilegio que gozaron sólo por algún tiempo entre los hérnicos. En cuanto á los anagnios y los demás que habían tomado las armas, se les concedió el derecho de ciudadanía sin el de sufragio; prohibiéronles sus asambleas y también la libertad de contraer matrimonio entre vecinos de una y otra ciudad; las funciones de sus magistrados quedaron limitadas á lo concerniente á los sacrificios. Aquel mismo año comenzó el censor Bubulco la construcción del templo de la diosa Salud que votó siendo cónsul durante la guerra con los samnitas, y en unión con su colega M. Valerio Máximo hizo caminos vecinales pagados por el tesoro. En este año también se renovó por tercera vez el tratado con los cartagineses; y sus legados, que para este objeto vinieron á Roma, fueron agasajados y recibieron regalos.

En este año se tuvo por dictador á P. Cornelio y por jefe de los caballeros á P. Decio Mucio. Estos celebraron los comicios consulares para los que se les había nombrado, no pudiendo separarse del teatro de la guerra ninguno de los dos cónsules; fueron creados cónsules L. Postumio y T. Minucio. Pisón coloca estos cónsules después de Q. Fabio y P. Decio, suprimiendo los dos



años de consulado de Claudio y Volumnio y de Cornelio con Marcio; ignórase si por olvido en la redacción de sus anales omitió estos dos consulados ó si de propósito, creyéndolos apócrifos. Este año hicieron incursiones los samnitas en las llanuras de Stela (1) que formaban parte del territorio campanio. Por esta razón partieron los cónsules para el Samnio, dirigiéndose Postumio sobre Tiferno y Minucio sobre Boviano. Postumio combatió primeramente en Tiferno, asegurando algunos que fueron vencidos los samnitas y se les cogieron veinte mil hombres, y afirmando otros que se retiraron los dos bandos con iguales ventajas; que Postumio, con fingida desconfianza, marchó de noche é hizo ganar las montañas á sus tropas; que habiéndole seguido el enemigo se situó á dos millas de su campamento, sobre alturas igualmente fortificadas. Queriendo hacer creer el cónsul que solamente se había propuesto conseguir campamento seguro y absolutamente provisto (como lo estaba), se fortificó en su posición, haciendo llevar gran cantidad de todas las cosas necesarias; pero á la tercera vigilia, dejando fuerte destacamento para la custodia del campo, llevó por el camino más corto sus legiones á su colega, que permanecía inactivo también delante de otro ejército. Por consejo de Postumio, Minucio trabó combate con los samnitas; y habiéndose prolongado sin éxito sensible, mucho antes de amanecer, el cónsul Postumio cayó de pronto con sus legiones descansadas sobre el fatigado enemigo. Impidiéndoles huir el cansancio y las heridas, los samnitas fueron exterminados, tomándoles veintiuna enseñas. En seguida marcharon al campamento de Postumio; y allí, atacando los dos ejércitos victoriosos á un enemigo abatido ya por la noticia que acaba de recibir, le des-

(1) País muy fértil en el interior de la Campania.

ordenan y ponen en fuga, cogiéndole veintiséis enseñas, al general de los samnitas Stanio Gelio y otros muchos prisioneros, apoderándose también de los dos campamentos. A la mañana siguiente comenzaron el sitio de Boviano, que tomaron muy pronto, coronando el honor de tantas victorias el triunfo de los dos cónsules. Dicen algunos historiadores que el cónsul Minucio, trasladado gravemente herido á su campamento, murió; que fué nombrado cónsul M. Fulvio para reemplazarle, y que habiendo recibido éste el mando del ejército de Minucio, tomó á Boviano. En este mismo año recobraron los samnitas Sora, Arpino y Censennia. En el Capitolio se colocó una estatua colosal de Hércules (1) y se hizo su dedicación.

Siendo cónsules P. Sulpicio Severrio y P. Sempronio Sofo, los samnitas, bien por poner término á la guerra, bien por ganar tiempo, enviaron legados á Roma para pedir la paz. Pero no obstante el tono de súplica que adoptaron, se les contestó: «Que si los samnitas no hubiesen pedido frecuentemente la paz en el momento en que se preparaban para la guerra, se habría podido, discutiendo por una y otra parte las condiciones, llegar á un arreglo; pero que habiendo sido falaces las promesas hasta entonces, no podían atenerse más que á los hechos. El cónsul Sempronio se presentaría muy pronto con su ejército en el Samnio; no podrían engañarle acerca de la disposición de los ánimos para la paz ó para la guerra; enteraría al Senado de cuanto por sí mismo observase, y que podían seguir al cónsul cuando

(1) Plinio, Strabón y Plutarco dicen que Fabio Cunctator cogió en Tarento una estatua colosal de Hércules y la trasladó á Roma, colocándola en el Capitolio. Tito Livio nada dice de esto con ocasión de la toma de Tarento. Antes de Tito Livio algunos analistas colocan la dedicación de esta estatua en el Capitolio en el año 448.